

Ricardo Ibarra  
ria@lapalabra.com

**La historia bajo tierra**

En el sur de Quintana Roo, justo en la región de los Lagos, unos arqueólogos y sus ayudantes sudorosos extraen de la tierra un montón de pedazos de cerámica antigua. La composición es de barro. Son muchas piezas rotas. Algunas vez fueron una sola. El líder de la excavación decide enviar la pedacera a Guadalajara, para que le hallen forma a lo descubierto.

A la Escuela de Conservación y Restauración de Occidente (ECRO), ubicada en el barrio de Analco, en la esquina con la calle de Medrano, llegan unas cajas de aproximadamente un metro cúbico de tamaño. Según la información anexa, los cajones vienen desde Chacchoben, en Quintana Roo.

“De allá los mandan para acá. Y es que el país está necesitado de especialistas que puedan cubrir responsablemente el patrimonio cultural que tenemos. Hay mucho material”, explica la titular del seminario taller de restauración de objetos cerámicos, de la ECRO, Martha Cecilia González López.

Según sus cuentas, en México, un país con mucha historia bajo tierra, “se pueden contar por toneladas las piezas de cerámica almacenadas” y que necesitan la atención de especialistas.

Es más: en el laboratorio de cerámica tienen botes llenos de piezas rotas de barro, encontradas debajo de lo que hoy es la finca donde se ha establecido la ECRO, construida en 1910.

“Con este material”, señala los botes, “comenzamos las primeras prácticas con los alumnos”.

La carrera de restaurador toma cinco años. En el primer semestre reciben una capacitación general, “porque se van a exponer a objetos originales cada semestre. Es una gran responsabilidad”.

El primer acceso a obras originales ocurre en la clase de cerámica, donde los alumnos pueden manipular vasijas enormes, elaboradas por los mayas clásicos hace más de mil 500 años.

Puede que les toque una pieza partida en siete fragmentos o verdaderos rompecabezas con más de 150 trozos. Los limpian, los unen “con mucha paciencia”, y resanan, hasta darle su aspecto primigenio.

“El trabajo lo hacemos juntos, instructores y alumnos. Debemos respetar la obra. Hacemos lo que se llama ‘mínima intervención’,

# Un país con mucha historia bajo tierra

México está necesitado de especialistas que puedan cubrir responsablemente el patrimonio cultural que tiene, pues se pueden contar por toneladas las piezas de cerámica almacenadas



**La Escuela de Conservación y Restauración de Occidente (ECRO), ubicada en el barrio de Analco, de la que apenas egresó en 2005 la primera generación de restauradores, aporta ya su granito de arena**

FOTOS: FRANCISCO QUIRARTE | GACETA UNIVERSITARIA

para reconstruir la pieza de acuerdo con el formato original”.

Al salón de cerámica solo ingresan 20 personas. Máximo. “Imagínate... cómo vigilamos más

manos. Es mucha responsabilidad para la institución”.

**La historia tocando tierra**

Apenas a finales de 2005 egresó la

primera generación de restauradores, de la ECRO. Cada semestre entran 20, o menos, según la capacidad de cada generación.

Luego de conocer la cerámica

antigua del país, toman un año de pintura mural y otro año de pintura de caballete. En séptimo semestre restauran esculturas policromadas, por lo general figuras religiosas de distintos templos católicos, como el Cristo sin piernas, brazos ni cabellera, hecho de caña de maíz, pero que quedó destrozado luego de repetidas peregrinaciones.

Después aprenden a reconstruir documentos impresos y gráficos, con la maestra Lucrecia Vélez. Antes de salir reparan objetos metálicos y al mero final de la carrera deciden en qué tarea se especializarán.

La estudiante que recién ingresó a la escuela, porque le gusta “la historia, el arte y la química”, Sofía Sánchez, tiene razón: “mira, en México hay 500 restauradores. Si lo comparas con la cantidad de abogados o contadores que egresan cada año... hay un amplio campo de trabajo en el país”.

La maestra de la cerámica, Martha González, explicó que los egresados cuentan con múltiples oportunidades de trabajo, porque “no solo pueden laborar en instituciones como el INAH (Instituto Nacional de Antropología e Historia) o el INBA (Instituto Nacional de Bellas Artes), sino que pueden hacerlo de manera particular o en proyectos alrededor de la república. Hay mucho trabajo”.

A diferencia de un arqueólogo, a quien solo le está permitido excavar la tierra con la autorización del INAH, el restaurador se halla en condiciones de trabajar en forma independiente o en las instituciones.

Aunque no en todos los casos. El restaurador con 43 años de trayectoria, Eliseo Mijangos de Jesús, manifestó que en el caso de las obras murales, tampoco cualquiera puede meter mano.

“La restauración en México tiene un buen nivel. Sin embargo, como los murales son del gobierno del país, los que nos especializamos en esa rama caemos a ser empleados federales, y eso implica el sueldo de un empleado medio del gobierno”.

Mijangos, quien en la actualidad restaura murales de José Atanasio Monroy en el Centro Escolar Chapultepec, en Autlán de Navarro, reflexiona: “toda obra pública es patrimonio cultural de la nación, por lo tanto los actuales dueños o depositarios de la obra son responsables de darle mantenimiento. Eso mucha gente no lo entiende. Los restauradores debemos hacer mucha labor de convencimiento, para preservar y conservar la historia del país”.